

Media hora después, estaba encima de una camilla cerca de los cuarteles de Nicolás. Sentíase herido, pero apenas le dolía, deseaba solamente beber mucha agua fría y acostarse en otro lecho más cómodamente.

El doctor, pequeño, grueso, con grandes patillas negras, se le acercó y desabrochó el capote. Kozeltkov miró por debajo de su barba lo que hacía el doctor en su herida, pero no sintió que le produjera dolor alguno. El médico encubrió la herida, enjugó sus dedos con el extremo de su capote y sin decir una palabra, sin mirar al herido, alejóse hacia otra camilla.

Kozeltkov, inconscientemente, fué siguiendo con la mirada todo lo que se hacía ante él, y acordándose de lo que había ocurrido en el quinto bastión, con el sentimiento consolador de la propia satisfacción, pensó que había cumplido con su deber y que por la primera vez, desde su entrada al servicio, no tenía nada que reprocharse. El médico, al pasar á otro oficial herido, dijo algo á un sacerdote con una grande barba rubia que se encontraba allí con una cruz en la mano, la cual mostró á Kozeltkov mientras se acercaba á su camilla.

—Es que voy á morir?—preguntó éste al sacerdote cuando estuvo á su lado.

El sacerdote, sin responderle, leyó las plegarias de los difuntos y tendió su cruz al herido.

La muerte no asustó á Kozeltkov. Con sus débiles manos cogió la cruz, la apretó contra sus labios y echóse á llorar.

—Los franceses han sido rechazados?—preguntó después al sacerdote.

—La victoria ha sido completa en toda la línea,—respondió el sacerdote, dispuesto á consolar al herido.—Hasta en el mamelón de Malakov donde ha flotado un punto la bandera francesa.

—Que Dios sea loado!—murmuró Kozeltkov, casi sin sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El recuerdo de su hermano atravesó por un momento su cerebro. «Que Dios le envíe la misma felicidad que á mí!», exclamó.

## XXIV

Pero otra suerte esperaba á Volodia. Estaba escuchando un cuento que narraba Vassine, cuando de súbito estalló el grito: «Los franceses avanzan!» La sangre afluyó al corazón de Volodia, un escalofrío intenso recorrió su cuerpo é hizo palidecer sus mejillas. Durante un segundo quedóse inmóvil, pero al mirar á su alrededor vió que sus soldados se abrochaban los capotes con toda cachaza, saliendo uno detrás de otro. Todos menos Melnikov se mantenían callados, cuando éste chanceándose exclamó:

—Entonces, muchachos, recibámosles con el pan y la sal en la mano.

Volodia y Vlang, que seguía siempre sus pasos, salieron del blindaje y corrieron á la batería. La artillería no tiraba ya ni de un lado ni de otro.

No era por cierto el aspecto de tranquilidad que ofrecían los soldados, sino la cobardía miserable y no disimulada del *junker* lo que excitaba á Volodia. «Podré quizás yo parecermele?» pensaba, y corrió vivamente hacia el parapeto junto al cual se hallaba el mortero. Vió muy bien como los franceses corrían directamente hacia el sitio donde él estaba por un camino descubierto y en gran muchedumbre... las bayonetas, brillando al sol, se agitaban ya dentro de las trincheras más cercanas. Un francés, bajo, de anchas espaldas, con uniforme de zuavo, la espada al aire, corría delante, saltando del uno al otro foso. «Tirad con metralla», gritó Volodia, bajando de la banquetta; pero los soldados ya lo hacían sin esperar su orden. Un ruido metálico de metralla silbó por encima de su cabeza, tan pronto de uno como del otro mortero. «Primero! segundo!», gritaba Volodia corriendo de un mortero al otro, olvidado por completo del peligro. Del otro lado oíanse los seguidos disparos de los fusiles y grandes voces precipitadas.

De pronto un grito muy agudo, penetrante, desesperado, repetido por muchas bocas, se extendió por la izquierda: «Vienen por detrás! Vienen por la retaguardia!» Volodia volvióse al oír ese grito. Una veintena de franceses habían aparecido por detrás de la bate-



ría. Uno de ellos, un hombre alto, con barba negra, marchaba al frente; acercóse diez pasos más á la batería, detúvose y disparó apuntando derechamente á Volodia, echando á correr segunda vez hacia él. Durante un segundo quedó como petrificado, no dando crédito á lo que veían sus ojos... Cuando volvió en sí y miró entorno, en el parapeto se veían ya multitud de uniformes azules y dos franceses, á diez pasos de él, clavaban el cañón. Alrededor suyo no había nadie más que Melnikof, muerto por una bala, y Vlang, que habiendo agarrado con sus manos un asta, con expresión furiosa en el rostro, los ojos bajos, se lanzó adelante, gritando: «Seguidme á mí! seguidme á mí, Vladimir Seminovitch», con desesperada voz, mientras blandía el asta sobre las cabezas de los franceses que venían detrás. La colérica figura del *junker* les sorprendió y les contuvo... Vlang rompió la cabeza á todos los que se le pusieron por delante; los demás involuntariamente retrocedieron, mientras él continuaba gritando desesperadamente: «Seguidme á mí! seguidme á mí, Vladimir Seminovitch; por qué os quedáis parado? Corred...» Y él corría ya trinchera abajo, donde se hallaba nuestra infantería. Así que hubo saltado dentro de la trinchera miró por encima de ella para ver lo que hacía su adorado teniente; sólo vió tendido en el suelo un capote en el lugar donde estaba antes Volodia... Todo aquel sitio estaba lleno de franceses que tiraban sobre los nuestros.

## XXV

Vlang encontró sus soldados en la décima línea de defensa. De los veinte soldados destacados á la batería sólo ocho se habían salvado.

A las nueve de la noche, Vlang con sus hombres se metió en un barco lleno ya de soldados, de cañones, de caballos y de heridos, y dirigióse á Severnaia. El tiroteo había cesado del todo. Las estrellas, como en la noche anterior, brillaban con toda su claridad en el alto cielo; pero un fuerte viento movía el mar. Sobre el primero y el segundo bastión los fuegos brillaban á ras del suelo; los

cañonazos hacían retemblar el aire é iluminaban entorno suyo toda clase de objetos extraños y las piedras proyectadas al aire. Algo ardía cerca de los almacenes del muelle y su llama roja se reflejaba en el agua. El puente, cubierto de soldados, alumbrábase con los fuegos de la batería de Nicolás. Una grande llamarada parecía destacarse sobre el agua, aclarando los bajos de las nubes formadas por el humo que se extendía por arriba, y, del mismo modo que la víspera, las sosegadas luces, vivas y lejanas, brillaban sobre el mar en la flota enemiga. Un viento fresco rizaba las aguas de la bahía. A la luz de los incendios se percibían los mástiles de nuestros navíos averiados, que, lentamente, se hundían cada vez más profundamente dentro del agua. Ninguna conversación oíase sobre el puente; solamente á través del mugido de las olas que el buque cortaba, oíase el resoplido de los caballos y su piafar sobre las balsas, ó las voces de mando del capitán del barco y los gemidos de los heridos. Vlang, que no había comido nada durante toda la jornada, cogió un pedazo de pan y púsose á comerlo con ansia; mas al recordar de pronto á Volodia echóse á llorar de tal modo que los soldados que tenía más cerca le contemplaron llenos de asombro.

—Mirad! Está comiendo pan y llora, nuestro Vlanga,—dijo Vassine.

—Esto sí que está gracioso!—respondió otro.

—Mira, han incendiado nuestros cuarteles,—añadió éste suspirando.—De qué modo más doloroso muchos de los nuestros han perecido!... Y mientras tanto los franceses han quedado dueños de todo.

—A lo menos, nosotros, gracias á Dios, hemos salido con vida,—añadió Vassine.

—En cuanto á mí, esto me irrita aun más!

—Pero, dime, qué es lo que te irrita? Puede uno divertirse aquí? De qué manera? Tú verás cómo los nuestros volverán á recuperarlas; aunque también muchos más perecerán! Pero, así como Dios es santo, si el Emperador lo ordena, volveremos á recuperar nuestras posiciones. Crees que los nuestros las abandonaron de cualquier modo?... Pues! Es verdad que nos han tomado las murallas, pero desnudas, todos los atrincheramientos han saltado; es verdad que han plantado su bandera sobre el mamelón; pero, contra la ciudad no se atreverán... Espera un poco! nosotros arreglaremos nuestras cuentas contigo! deja hacer!...—concluyó, como dirigiéndose á los franceses.

—Oh! esto es seguro,—respondió el otro muy convencido.

Sobre toda la línea de los bastiones de Sebastopol, donde du-



rante tantos meses hubo una vida extraordinaria, donde durante tantos meses viéronse los héroes sucederse y caer el uno tras del otro, esos héroes que durante tantos meses excitaron el miedo, el odio y la admiración de los enemigos... en aquellos bastiones ya no se veía á nadie. Todo estaba muerto, bárbaramente destrozado, silencioso, horrible. Sobre el suelo, surcado por los recientes cañonazos, veíanse esparcidos los rotos cañones por encima de los cadáveres de los rusos y de los franceses. Los gruesos morteros, mudos para siempre y que una fuerza terrible había tumbado dentro de los fosos quedando medio cubiertos de tierra, así como también las balas y las granadas, los cadáveres y los cascos de las bombas y las planchas de cobre de los blindajes, todo yacía revuelto y confundido... y aun más cadáveres envueltos en sus capotes grises ó azules... Y todo parecía aun agitarse en los estertores de la agonía cada vez que una explosión próxima hacía temblar el aire.

Los enemigos veían que algo incomprensible pasaba dentro del terrible Sebastopol. Esas explosiones y el silencio mortal que reinaba en los bastiones les hacía temblar, pues no osaban creer aun, bajo la impresión de la resistencia enorme de la jornada, que el terrible adversario hubiese desaparecido y, en silencio, sin moverse, esperaban con febril ansiedad el fin de la lóbrega noche.

Los ejércitos de Sebastopol, como la mar agitada en noche sombría, separándose, uniéndose y estremeciéndose, movía toda su masa cerca de la bahía y dentro de la oscuridad compacta avanzó lentamente por el puente de Severnaia, alejándose de los sitios en donde había dejado tantos valientes, de aquellos sitios regados con su sangre, defendidos durante once meses contra un enemigo dos veces más fuerte y del cual le ordenaban apartarse sin combatir hasta morir.

La primera impresión de esa orden fué para todo ruso tan terrible como incomprensible; la segunda fué el miedo de la persecución. Los soldados se sintieron indefensos así que les separaron de aquellos lugares donde se habían acostumbrado á batirse, y se apretaban inquietos unos contra otros en la oscuridad, cerca de la entrada del puente, que un fuerte viento hacía balancear.

Con sus bayonetas enfundadas, los regimientos, los carros y toda clase de milicias se mezclaban y se atropellaban; los oficiales, á caballo, les apresuraban con sus órdenes; los habitantes y los asistentes portadores de los bagajes lloraban y suplicaban que les dejaran pasar. Con gran ruido de ruedas se abrió camino la artillería, que se alejaba con precipitación. A pesar de la vista de

cosas tan diversas, un sentimiento de conservación de la propia vida y un ansia de salir á toda prisa de aquellos mortales lugares, estaba en el alma de cada uno. Ese estado lo sentían lo mismo los soldados que, con mortal angustia, esperaban tendidos sobre el suelo del muelle de Pablo, y que suplicaban á Dios les enviara la muerte que les librara de los dolores de sus heridas, como los milicianos que, haciendo un último esfuerzo, se apretaban contra la muchedumbre para dejar paso á un general á



caballo; como el mismo general que refrenaba la prisa de los soldados; como también el marinero apretado por la muchedumbre ondulante, hasta casi perder el aliento; como el oficial herido que, colocado en una camilla, transportaban cuatro soldados, y que, detenidos por el gentío, la colocaban en el suelo, cerca de la batería de Nicolás; como el valiente artillero que, después de diez y seis años de vivir al lado del cañón, y que, por una orden de sus jefes, incomprensible para él, ayudado de sus camaradas, lo arrastraba ahora hacia la pendiente abrupta de la bahía; y como finalmente todos los marinos que, abandonando presurosos los buques que



se hundían, remaban con bravura sobre las chalupas en que se alejaban del peligro...

Habiendo atravesado el puente, una vez ya al otro lado, todo el mundo quitóse el gorro y se santiguó. Pero, tras de este sentimiento se ocultaba otro, muy penoso, muy penoso... algo así como arrepentimiento, odio y fuerte cólera. Todos los soldados, mirando al norte de Sebastopol, aquellos lugares de muerte que acababan de abandonar, con amargura indecible en el corazón y con lágrimas en los ojos, suspiraban y amenazaban con sus puños cerrados al enemigo.

## ÍNDICE

### LOS COSACOS

	Págs.
I.—La despedida de Olenín. . . . .	9
II.—Por el camino. . . . .	14
III.—Término del camino. . . . .	20
IV.—En el Cáucaso. . . . .	24
V.—La madre de Marianka. . . . .	29
VI.—El joven Lukachka. . . . .	54
VII.—La guardia nocturna. . . . .	59
VIII.—En el nombre del Padre... . . . .	45
IX.—El cadáver del abrek.. . . .	49
X.—La llegada del destacamento. . . . .	54
XI.—Olenín topa con el viejo Erochka.. . . .	59
XII.—El vino de Olenín. . . . .	63
XIII.—Los amores de Lukachka. . . . .	67
XIV.—Erochka y Olenín. . . . .	75
XV.—Las ideas del viejo Erochka. . . . .	78
XVI.—Los consejos de Erochka.. . . .	82
XVII.—La despedida de Lukachka. . . . .	88
XVIII.—Erochka y Olenín salen de caza. . . . .	92
XIX.—En pleno bosque.. . . .	99
XX.—Comunión de Olenín con la naturaleza. . . . .	103
XXI.—El hermano del muerto. . . . .	108
XXII.—Lukachka y Olenín se hacen amigos. . . . .	113
XXIII.—Olenín y el príncipe Bielesky. . . . .	119
XXIV.—La hermosa Marianka. . . . .	122
XXV.—La encerrona. . . . .	130
XXVI.—Los amores de Olenín. . . . .	134
XXVII.—La despedida de Lukachka. . . . .	137
XXVIII.—El viejo Erochka canta y baila. . . . .	141
XXIX.—El tiempo de la vendimia. . . . .	146
XXX.—Charloteo de muchachas. . . . .	151
XXXI.—Vendimiando. . . . .	154
XXXII.—Las noches de Olenín. . . . .	158
XXXIII.—La carta de Olenín.. . . .	161
XXXIV.—El atrevimiento de Olenín. . . . .	166
XXXV.—Las fiestas de ogaño y las de antaño. . . . .	170
XXXVI.—Lukachka quiere divertirse. . . . .	174
XXXVII.—La gran cacería de caballos. . . . .	177
XXXVIII.—El rompimiento. . . . .	180
XXXIX.—Olenín y Marianka se prometen. . . . .	186
XL.—La caza de los abreks. . . . .	189
XLI.—La muerte de Lukachka. . . . .	194
XLII.—La despedida de Olenín. . . . .	198